Dr. LUIS SANZ BURATA, Pbro.

UNAS SANTAS A TU EDAD

Selección biográfica de Niñas y Jóvenes Santas

Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 - 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

Con Licencia Eclesiástica

ISBN: 978-84-7770-243-6
Depósito legal: M. 1.262-2008
Imprime: Impresos y Revistas, S. A. (Grupo IMPRESA)
Impreso en España - Printed in Spain

PRESENTACION

A vosotras niñas, ya mayorcitas, que vais a leer estas páginas dedico estas líneas de presentación.

En el firmamento de la Iglesia católica hay astros y estrellas de toda magnitud y luminosidad. Me refiero a los Santos. Todos son igualmente siervos de Dios, predilectos suyos porque supieron amarle extraordinariamente, huir de toda sombra de pecado y ejercitarse en grado heroico en las virtudes cristianas. He aquí el secreto de su santidad.

Pues bien; para que no creáis que eso de ser santas es algo fuera de vuestro alcance, he querido escogeros este manojo de flores fresquísimas y fragantes. Junto a la mártir está la virgen, y junto a la religiosa está la que se santificó en el mundo. En todos los estados y condiciones de vida hallaréis modelos de santidad que imitar y seguir.

Me he detenido algo más en la infancia de cada Santa, porque creo que son esas pinceladas las que más colorido y vida ofrecen a vuestra imaginación.

Aspirad, niñas, la fragancia suavísima de este manojo de flores de santidad, y veréis cómo es el buen olor de Cristo *el que de ellas exhala.*

¡Ojalá que vuestros actos puedan llenar páginas como éstas!

EL AUTOR.

Flor de sangre entre copos de nieve

(SANTA EULALIA DE BARCELONA)

La gran ciudad de Barcelona, que hoy día podéis contemplar asomada al mar Mediterráneo como un inmenso hormiguero humano, era allá por el siglo III de la Era Cristiana una pequeña población, llamada *Barcino*, sometida por la fuerza de las armas al yugo del vasto Imperio romano.

La Religión cristiana había llegado a las tierras ibéricas con el Apóstol Santiago a Zaragoza y con el Apóstol San Pablo a Tarragona. Ambos a dos —junto con sus compañeros de apostolado, que fueron los primeros obispos en el solar hispano— habían predicado el Evangelio entre las gentes bravas de la Península, dejando fundados varios centros de sólida cristiandad. La prueba del martirio acabaría por fortalecer el magnífico temple y espíritu de los primeros cristianos españoles.

Entre estas amapolas de martirio que brotaban del buen trigal cristiano, habría de figurar la esforzada niña Eulalia, de doce años, de la cual dice San Isidoro que «habiendo ennoblecido su tierra natal —*Barcino* (la Barcelona romana, como hemos dicho)— con su alto merecimiento y título de su triunfo, la honró también con la de su sepultura».

Nació, pues, en Barcelona, cuando la Iglesia gozaba un respiro de paz, gobernada por San Marcelino como Papa, y rigiendo Diocleciano el Imperio como Emperador. No debe confundirse con otra santa Eulalia, natural de Mérida, también española, y cuyo martirio —muy parecido al de Santa Eulalia de Barcelona— cantó en majestuosos versos latinos el antiguo poeta español Prudencio.

Ante el gobernador Daciano

Fueron los padres de tan lindo pimpollo unos agricultores acomodados —y según algunos historiadores eran nobles seño-

res—, dueños de una hermosa finca, distante unos estadios de la ciudad, allí al parecer donde hoy se conoce por *Desierto de Sarriá.*

Eulalia había sido bautizada en los albores de su infancia y educada en el santo temor de Dios. En la dulce vida del campo fue creciendo aquella lozana flor de Cristo con alma pura y corazón ardoroso. La dolorosa historia de los primeros cristianos la debió escuchar desde sus primeros años de los labios maternos, entreverada de elogios para los heroicos mártires, y de condenación para aquellos cristianos cobardes que, débiles a su Fe, llegaban a renegar de Cristo.

Poco había de durar aquella pasajera calma para los cristianos de la colonia barcelonesa. Y así fue. Publicado el Edicto de la décima persecución contra los cristianos por los emperadores Diocleciano y Maximiliano, fue enviado a España como ejecutor del mismo el Prefecto Daciano, hombre feroz y cruel, uña y carne de Galerio, del cual sabemos tan sólo atrocidades. Cual rayo de tempestad cayó sobre las diversas regiones de la Península aquel sanguinario Prefecto, y al punto hizo pregonar por todas partes el terrible edicto imperial persiguiendo la religión cristiana.

Llegado, pues, a Barcelona hizo lo mismo, mandando que todas las personas de la ciudad ofreciesen sacrificios a los dioses del Imperio. O sacrificar, o morir. Habían puesto idolillos en todas partes: mercados, plazas, puertas, arcos, termas, circos, vías romanas, comercios y tabernas, hasta en las panaderías, fuentes y cruces de calles y caminos. No permitía comprar, vender, moler trigo, llevar agua ni bañarse, nada, en una palabra, *sin previa ofrenda a los dioses.*

Hasta aquella casita blanca, sombreada de pinos y rodeada del verdor de los cultivos —a dos leguas de la ciudad— en que

moraba la niña Eulalia, llegó el rumor de la próxima persecución. Hasta entonces su vida había sido muy dulce y quieta. Ayudaba a su madre en los quehaceres de casa. Tejía, cosía, acompañaba a veces a las ovejas a pastar, y siempre que podía leía, estudiaba y meditaba la vida de Jesucristo, de la Virgen y de los Santos, sobre todo de los santos mártires que habían

dado generosamente su sangre en defensa de la Fe. También se juntaban, a veces, varias amiguitas en casa, y entonces Eulalia se sentía maestra. Les explicaba cosas de la Doctrina cristiana, de las virtudes, el amor a la santa Cruz, a la mortificación y al sacrificio, las animaba con el ejemplo de Cristo muriendo en cruz, y de su Madre, serena y resignada viendo la Pasión de su Hijo; les hablaba entusiasmada de la gloria y de la felicidad de los mártires...

Ahora había llegado el momento de la dura y cruel realidad. La persecución estaba encima. Pronto iban a llenarse las cárceles de cristianos, y la sangre de los valientes defensores de la fe de Cristo correría abundante y generosa. A la verdad, los padres de Eulalia, sus servidores y sus amiguitas sentían temor. No es que pensaran en renegar de Cristo, pero se encontraban débiles y sentían lástima por Eulalia —tan niña y tan encantadora— y por sí mismos.

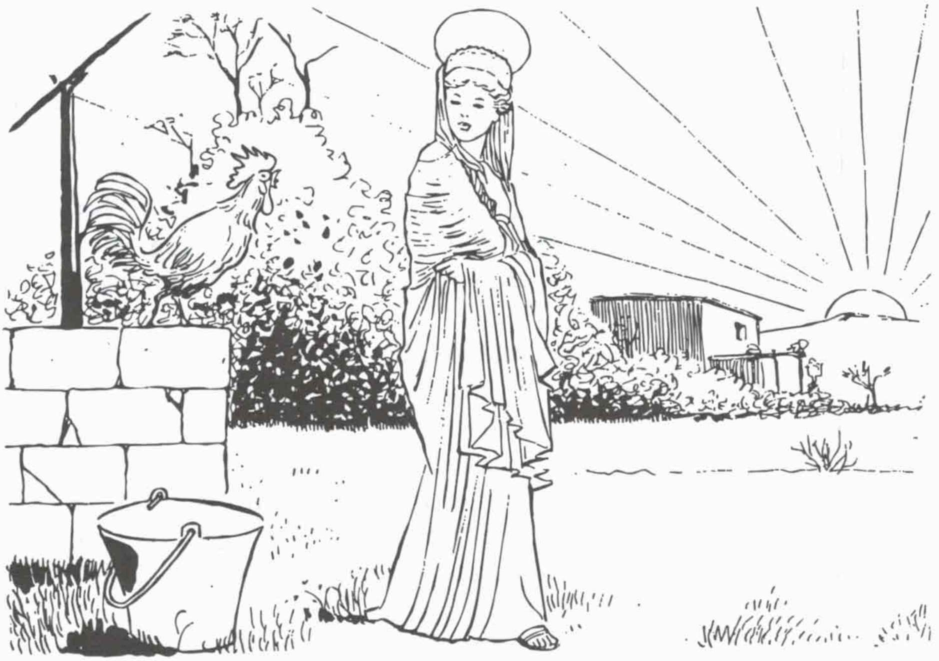
Por la mente y la imaginación de todos ellos se despertaba

el recuerdo de las persecuciones pasadas y de las atrocidades cometidas contra los indefensos cristianos. Era la fuerza bruta y salvaje de las fieras sedientas de sangre ante el tímido e inocente corderillo. ¡Pobre rebañito cristiano ante aquellas poderosas y crueles garras imperiales!

ANTE EL GOBERNADOR DACIANO

Por la mente de Eulalia ha cruzado una extraña idea. Sin duda fue una inspiración de lo alto lo que a muchos habría de parecerles una temeridad.

Vístese de gala. Adórnase con las mejores joyas. Está arrobadora. Alguien diría que va a bodas ...Aún no ha asomado el alba. Es noche oscura. Duermen todos en la granja. El aire es fresco, como propio de un 12 de febrero. El primer canto del gallo anuncia el próximo día. Una sombra blanca avanza hasta



la cerca del jardín. Se nota que camina con secreto y no quiere ser vista.

Allá va, escapada de casa, vestida con blanquísima túnica —pura como su alma—, como una soñada aparición. Velozmente atraviesa campos, mientras su corazón generoso palpita, más de emoción que de fatiga. Las sombras de la noche van rasgándose conforme se acerca a la ciudad por la vía romana, y ya van dibujándose los contornos de las cosas con creciente claridad. Se hace de día.

Apenas se abrían las puertas de la muralla, cuando Eulalia llega a la ciudad con los primeros rayos del sol. Siente bullicio en la plaza, y allá se va. Un grupo de soldados romanos pasa por su lado pisando fuerte y levantando polvo. Cuadrillas de esclavos andrajosos acaban de situar el tribunal donde hablará Daciano, a la hora de tercia. Acto seguido, militares rodean el tribunal con gran aparato y ostentación de poder. Siguen luego cuadrillas de jueces, abogados, tribunos, senadores y arúspices, sentándose en banquillos. Faltan las Aguilas y la Loba —símbolos del Imperio romano— cuando un toque de clarín anuncia su llegada para que todos, en pie y brazo en alto, saluden la insignia que precede al Prefecto y Gobernador Daciano.

Ante un gran gentío que se agolpa curiosamente, Daciano empieza a hablar, invocando a los dioses y publicando luego las órdenes imperiales. El odio y la rabia chispean en sus ojos encendidos. Cada vez se acalora y grita más. Parece un loco.

«Los cristianos —dice— se reproducen como hongos y mala hierba. Son los amos de la milicia, palacio y foro. Los templos de los dioses están desiertos, helados y en ruinas. Nuestros sacerdotes, muertos de hambre... Los cristianos son unos brujos; disponen del cielo y de Plutón, del aire, y del fuego. Todo lo invaden y por todas partes están. Ahora sabemos quiénes son cristianos. Tendrán

que quemar incienso a los dioses a todas horas del día y en todas partes...»

Los concurrentes aplauden a rabiar. Los cristianos, en grupos dispersos, hablan en voz baja y comentan, pero con absoluta tranquilidad. Ven confiadamente cómo la tempestad se echa encima.

De pronto, una niña, bella como doce abriles, se abre paso y salta a la escena, imponiendo silencio con su arrojo e intrepidez. Sin que nadie la interrogue, increpa al Prefecto resueltamente:

—¿Cómo te atreves, Daciano, a martirizar injustamente a los cristianos y a mandarles que adoren a los falsos dioses? Veinte años que llevábamos en paz, y tú quieres ser ahora el azote de la tierra hispana esgrimiendo la tea del odio y del incendio para hacer que maldigamos hasta el nombre de Roma. Uno solo es el verdadero Dios, omnipotente y creador de todas las cosas, al cual los mismos emperadores Diocleciano y Maximiano, y tú, y todos los hombres deben adorar. ¿Cómo, pues,

siendo tú un simple hombre, no temes ofender al solo Dios omnipotente? Y por qué te esfuerzas en pervertir a los cristianos para que abandonen al Dios verdadero y den culto a las falsas imágenes de los diablos, fabricadas por manos de hombres?

Daciano no supo reaccionar a tanta valentía y elocuencia, impropias de una niña de tan corta edad, y no supo replicar más que así:

—¿Quién eres tú, atrevida, que así hablas?

—Soy una cristiana, y no intentes saber más; vengo de parte de Dios a reprender tu crueldad.

—¿Y sabes, niña, lo que reservo a los apestosos cristianos?

—¡Ya quisieran los Emperadores tener tan fieles servidores como esos que tú llamas *peste!* Tus amenazas las desprecio. ¿Ignoras que la fuerza de un pecho cristiano viene de Cristo, que es Dios verdadero?

—Te quitaré ese Cristo —replica orgulloso Daciano.

—Puedes bien poco para ello —contesta la niña—: con Él me desposé y a Él sólo cantaré.

—Te cortaré la lengua para que no le cantes más.

—Pues le miraré.

—Te sacaré los ojos para que no le mires.

—Pues le hablaré en mi corazón.

—Te arrancaré el corazón.

—¡Ah! Entonces mi alma volará a Él, y abrazada eternamente a Él, vivirá.

La inmolación

Brama Daciano de furor y de rabia, y manda que aten a la niña a una columna y que, desgarradas sus vestiduras, la azoten hasta que se desdiga de cuanto ha dicho. En su interior Eulalia experimenta una íntima satisfacción. ¿No iba a ser aquello el comienzo del martirio que tanto deseaba?

Una espantosa lluvia de azotes cae sobre sus blancas espaldas. La tierna carne de aquella niña va desgarrándose horrorosamente; pero ella no cede, mientras el tirano ríe con diabólico placer. Entretanto reza a Dios así:

—Óyeme a mí, tu sierva inútil, y perdona mis faltas. Dame fuerza para padecer por tu nombre, a fin de que sean confundidos el demonio y sus satélites.

Y vuelta a Daciano, le dice con entereza:

—Porque mi Dios me conforta, no siento vuestros tormentos.

Enojado aún más el Prefecto, manda ponerla en el *potro* (terrible instrumento de tortura) bien atirantada, boca abajo y en cruz, y que la arañen todo su tierno cuerpo con garfios y uñas de hierro, para despedazar así bárbaramente sus carnes.

Vuelve a burlarse el tirano de la Santa, pero ésta no se acobarda y le planta cara en medio del suplicio, recordándole el castigo eterno que Dios le dará por perseguir tan cruelmente a los cristianos.

Entre las llamas

Para satisfacer su sed de venganza, manda Daciano que la saquen del potro, y atada a un palo que abrasen sus carnes con antorchas encendidas. Sigue ella rezando a Dios, y —¡oh, prodigio!— las llamas no la queman, y por el contrario se vuelven contra los verdugos.

Échanla luego en un baño de cal viva para causar un insoportable ardor a sus entrañas, y rocíanla luego de plomo derretido. Pero la Santa lo padece todo con magnífica entereza, sin hacer un gesto de dolor. Dios la asistía en medio de tantos tormentos.

La fijan en una cruz o aspa de maderas para que su cuerpo sea asado materialmente con hachones encendidos. Ahora, el Señor acepta ya su vida, y muere su cuerpo. Una paloma blanquísima vuela a los cielos. Los paganos son testigos de ello. Es el alma

de la mártir, que deja su cuerpo, casi carbonizado, pendiente de la cruz.

Intenta el tirano que se pierda la memoria de aquella heroica niña. Quiere que las fieras devoren aquel cuerpo inocente y ordena que siga colgado en la cruz, expuesto así a la pública vergüenza, y vigilado por guardias para que los cristianos no arrebaten el cadáver. ¡Vano intento! Dios dispone otra cosa para glorificar a la pequeña mártir...

Y fue que el Cielo cubrió con un manto de nieve, por medio de una copiosa nevada, el cuerpo desnudo de la Santa para que

no fuese objeto de las indignas miradas de los paganos. Nieve tan blanca como pura fue su alma. Ni las fieras pudieron destrozarlo.

La fama de su muerte prodigiosa corrió pronto por toda la ciudad y vecina comarca; y, tres días después, unos piadosos cristianos se llevaron de noche sus despojos, envolviéndolos en lienzos blancos, empapados de aromas, y sepultaron devotamente el santo cuerpo en lugar distinguido, fuera de las murallas barcelonesas.

Escondido luego durante la invasión musulmana —para evitar profanaciones— llegó a perderse la noticia del sepulcro de la Santa. Durante siglos nadie supo dónde estaba enterrada,

hasta que reconquistada la ciudad del poder musulmán y después de buscar dicho sepulcro fue hallado milagrosamente; y al fin trasladado posteriormente a la cripta de la catedral, donde aún se venera hoy.

Así Dios conservó aquella preciosa reliquia de su cuerpo para que quedase recuerdo de una valiente niña española que supo ser mártir de Cristo.

El deliquio del amor eucarístico

(BEATA IMELDA LAMBERTINI)

Allá en Italia —en la famosa ciudad de Bolonia— había un matrimonio noble de unos Condes. Como muchos palacios de la época, el de los *Condes de Lambertini* era grande y hermoso. Nada faltaba al regalo y comodidad de sus ricos moradores.

El señor Conde, Egano Lambertini, era un guerrero, valiente y también hombre piadoso. Rica era la Condesa, pero más rica aún en virtudes. Ambos eran descendientes de sabios y de santos. Mas en su hogar faltaba algo importante: no tenían hijos. ¡Cuántos rezos y lágrimas al pie de una devota imagen de la Virgen, que llevaba al Niño Jesús en brazos!

—Querría un niño como ése —suspiraba la Condesa—, que llore, que ría, que yo pueda mecer en la cuna... y que de mayor rece, sea bueno y os lo pueda ofrecer a Vos, Señora.

Cada decena del Rosario era un apremiante ruego que se elevaba al cielo, del bondadoso corazón de la devota Condesa...

Por fin, un día del año 1322, la Celestial Señora bendijo el hogar de los Condes de Lambertini, enviándoles una linda y hermosísima niña. No sabían lo que les pasaba de tanta alegría; pero no se olvidaron por ello de ofrecerle en seguida a la Santísima Virgen, tal como lo habían prometido tantas veces.

Entonces hubo mucho jolgorio y regocijo en palacio. Todos

celebraron el acontecimiento. Y como buenísimos cristianos pronto bautizaron a la preciosa niña, poniéndole el sacerdote el nombre de *Magdalena*, nombre muy corriente en aquella época.

Sin saber por qué, hay niños pequeñitos que lloran mucho, y otros que no lloran casi nada. Magdalena daba en esto mucha guerra. Cuando menos lo pensaban se ponía a llorar, sin que nada lo remediara. La Condesa se angustiaba. Las domésticas del palacio trataban de acallar a la criatura con mil artes. Todo inútil.

—Por favor, *Virgen María, óyenos* —exclamó alguien al ver que la niña seguía llorando sin cesar.

Y efecto mágico. Oír esas palabras «Virgen María», y parar los llantos de la criatura fue todo uno. Desde entonces, sólo con los nombres de Jesús y María había bastante para tranquilizar y alegrar a la niña.

Cuando supo pronunciar algunas palabras, fueron precisamente los dulcísimos nombres de Jesús y de María los que primero aprendió a decir. Muchas veces la veían con las manecitas levantadas al cielo y con sus ojos en oración.

—Mirad la condesita cómo reza —decíanse maravillados los servidores de palacio—. ¡ Parece un ángel !

A veces, la señora Condesa, loca de contento por tener tal criatura se acordaba de su antigua promesa, y tomándola con frecuencia en brazos, y dirigiéndose a la Virgen María, le decía con fervor ante la misma imagen que años atrás había sido testigo de sus ardientes plegarias :

—¡ Oh, Señora ! ¡ Qué hija más hermosa me habéis dado ! Pero sé que *es toda vuestra :* a Vos, pues, la ofrezco.

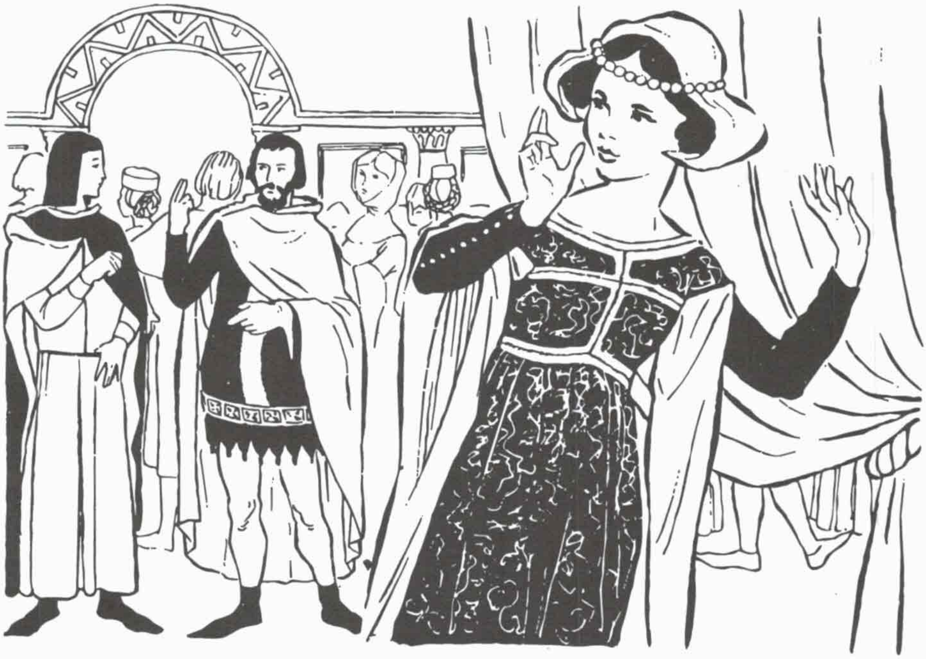
La Virgen María aceptó de buen grado este ofrecimiento, y fue modelando aquel tierno corazón muy a su gusto.

AUSENTE DE LAS POMPAS MUNDANAS

Crecía la niña, y con la edad crecían también sus encantos físicos y morales. Todos estaban prendados de su hermosura natural y sobrenatural. ¡ Era tan linda, tan amable, tan servicial, y sobre todo tan virtuosa... !

Un día habíanse reunido en el palacio de los señores Condes de Lambertini lo mejor de la sociedad boloñesa. Se daba una gran fiesta mundana. Música, luces, vestidos fastuosos y elegantes, risas y jolgorio.

El salón estaba deslumbrante de alegría, color y vida. Grandes lámparas daban espléndida iluminación. Ricos tapices y re-



posteros colgaban de las paredes. Alfombras y brocados... Las más lindas y vistosas doncellas eran cortejadas por los más nobles caballeros.

La condesita había sido ataviada con las mejores galas infantiles. Habríase dicho que era muy mayor. ¡Qué bien le caía todo: los encajes, las blondas, las sedas con sus variadas ondulaciones tornasoladas...! Era una encantadora muñeca. Todos los ojos se clavarían en ella...

—¿Dónde está Magdalena? —exclamaron de pronto los apuestos Condes, interrogando por su hija que había desaparecido misteriosamente...

En efecto; la niña ostentaba sus mejores galas de mujer-

cita. Lo que para otra niña de su edad hubiera sido motivo de vanagloria, para ella era motivo de tristeza. Aquel bullicio, aquellas risas, miradas y murmullos de tantos y tan apuestos galanes como se habían dado cita en el señorial palacio, no eran de su agrado. Se sentía incómoda y extraña allí... Por ello, con ligereza y habilidad infantil fue perdiéndose entre los diversos invitados y parejas del baile, ocultándose ahora tras unos y luego tras otros, hasta evadirse totalmente del animadísimo salón de fiestas.

¡Ya la podían buscar! Mas no allí. Por un largo y estrecho corredor había llegado a la capilla del palacio, y ante el Sagrario —donde Jesús permanecía solito en aquellos instantes de mundano devaneo— cayó arrodillada la candorosa y arrobadora niña, cuyas ardientes mejillas indicaban aún la sofocación padecida en aquel ambiente mundano, tan repugnante para ella. Le sobraban las galas, los collares y las sortijas. Le molestaba aún el mismo chasquido de las sedas y brocados al menor movimiento de su ligero cuerpo infantil. ¿No estaba mejor allí, silenciosa, no turbada ni molestada por nadie, mirando a su único Amor: *Jesús?*

Esto es lo que venía a repetirse una y otra vez, siempre que el palacio era punto de cortesana reunión. Ella no había nacido para las pompas mundanas...

«Papá, no estoy bien aquí»

La niña tenía nueve años. Su aplomo y formalidad parecían de persona mayor. Algo misterioso revelaba su juiciosa serenidad. ¿En qué pararía todo aquello?

La señora Condesa parecía adivinarlo. ¿No la había ella

implorado de la Virgen antes de nacer, y no la había ofrecido ante su imagen repetidas veces? ¡Qué extraño que ahora se le reclamara la preciada ofrenda!

—Papá —díjole un día Magdalena a su padre—; aunque siempre os he querido y servido en todo, he de deciros con sinceridad y pena que *no estoy bien aquí*. La Virgen me llama. Yo sería más feliz al lado de las monjas de Valdepiedra. No te opongas; *dime que sí*. Dame gusto, papaíto...

Aquello era muy fuerte para un padre que tanto amaba a su encantadora hija y que tantas ilusiones tenía puestas sobre ella. Lo dijo a su esposa, la Condesa.

—No me cae de nuevo. ¿Es que no te das cuenta de que Magdalena no es para esta vida palaciega? En su alma lleva una chispa divina que la abrasa continuamente hacia un Amor misterioso... Además, ¿te parece raro que suceda esto en el ser que ambos a dos, ofrecimos gustosos al Señor y a su Madre? He aquí que *nos ha llegado la hora de ofrecer el holocausto*...

Bajó la cabeza el sesudo Conde, con su larga barba que le caía por encima de su flamante pechera almidonada, y asintió a las razones de su emocionada esposa; la cual, empero, en su interior sentía desgarrársele el alma.

LA MONJA NIÑA

A nadie le parezca raro el que una niña como aquella —a los nueve años tan sólo —fuera entregada a un Monasterio o convento de Monjas de la Orden de Santo Domingo para ser religiosa. Era una costumbre de la época el ser admitidos *ya desde niños*, tanto en los Conventos de frailes como en los de monjas.

Junto con otras tres niñas de familias nobles fue admitida Magdalena, para hacer luego su noviciado y más tarde —a su tiempo y edad— la profesión religiosa, si tales eran los designios de Dios sobre ellas. A los diez años recibía el hábito blanco de Santo Domingo. Fue entonces cuando cambió el nombre de Magdalena por el de IMELDA, con que ahora siempre se la conoce.

Aquel día todo parecía más hermoso. El sol lucía radiante

con todo su esplendor. Las golondrinas batían sus alas, vocingleras, junto a los barrotes del convento, como si quisieran unirse a su íntimo regocijo. Las flores parecían más lozanas y más fragantes.

Las monjas mayores la felicitaban y participaban de su satisfacción. ¡Estaba tan encantadora con aquel hábito blanco, manto negro, escapulario y cinturón negro del que colgaban las cuentas de un grueso Rosario!

Sus padres, los Condes de Lambertini, habían venido también a la vestición de hábito. Emoción, gozo y pena alternaban en sus rostros. ¡Desposeerse de aquella preciada joya! Mas pensaban también para sus adentros:

«También Dios escoge y se queda para sí *lo mejor*. Si está tan linda, vestidita de monja, ¿qué no será de hermosa y preciosa su alma?»

La vida de la monjita Imelda no podía ser más feliz. Era la primera en acudir cuando oía tocar la señal de Maitines, y la primera también en bajar a la capilla a medianoche, cuando el recio frío atería los enjutos miembros de las ancianas monjas. Para Imelda no existía sacrificio alguno en la vida de comunidad.

La capilla era sobre todo su mejor puesto. Allí hablaba secretamente con alguien al que mucho debía amar. Su rostro angelical parecía aún más encantador, ribeteado y sujeto por la toca monjil. Las otras monjas, a menudo la espiaban cariñosamente, edificadas por su modestia y fervor... Si los angelitos lucieran toca monjil, ¿no se parecerían a Imelda?

Bien se ha dicho que no hay alegría sin pena; porque si todo era risueño para Imelda en el convento, había, sin embargo, una contrariedad muy grande para ella. En aquella época se tomaba la Primera Comunión en edad ya mayor; y así, mientras todas las religiosas del Convento podían acercarse a recibir a Jesús Sacramentado en la Santa Misa, sólo Imelda quedaba privada de ese inefable consuelo.

Muchas veces había manifestado sus deseos de recibir la Sagrada Comunión a la Madre Superiora y al confesor de la Comunidad, sin obtener el ansiado permiso. ¡Era demasiado niña!

Jesús, empero, era como un imán irresistible para ella. Siempre que podía se quedaba muy cerca del Sagrario, objeto de sus amores. Quisiera pasar todas las horas al pie de aquel altar, sobre todo cuando sabe que Jesús está solito en la iglesia desierta, sin más luz que el débil y trémulo resplandor de la lámpara. Desde el banco de la escuela, desde la mesa del refectorio, desde todos

los lugares del convento, noche y día, el corazón de Imelda se volvía siempre hacia el Sagrario.

Tan grande era su amor a Jesús, que muchas veces se veía precisada a platicar del Divino Esposo con las mismas flores del jardín y con los pajaritos que allí revoloteaban, exclamando:

—Dulce ruiseñor, ¿conoces por ventura a Aquél que ha dado armonía a tu canto?

—¿Sabéis, olorosas flores, quién es el que os dio color y fragancia? Vosotras, más dichosas que yo, iréis a adornar el altar de mi Jesús, a estar con Él, junto a Él, hasta marchitaros y desheceros por Él...

Muchas veces, en las conversaciones que tenían en tiempo de recreo, preguntaba así a sus Hermanas:

—Oh, decidme: ¿cómo es posible recibir a Jesús, y no morir de amor...?

El beso del Amado

El confesor le había dicho a Imelda que había de esperar aún un par de años para poder comulgar. Mas, aquel plazo se le hacía eterno. Entretanto Imelda desfallecía de amor cada vez que contemplaba a las Hermanas comulgar. Un último intento lo había hecho para ver si conseguía su propósito; pero su confesor, siguiendo las normas de aquellos tiempos, persistía en su negativa hasta que fuera mayor.

Era la madrugada del día 12 de mayo del año 1333. La Iglesia celebraba la víspera de la gloriosa Ascensión a los cielos del Señor. Las campanas de la Iglesia sonaban alegremente, llamando a las religiosas a los divinos oficios. Los ruiseñores cantaban también, uniéndose al coro de las monjas. Pero, la voz de Imelda aquel día era más débil y trémula por su gran emoción y ansiedad...

Legó la hora de la Misa, después que las monjas terminaron su rezo litúrgico en el coro. Llegó asimismo la hora de la Comunión para las otras, y todas se acercaron al altar. Jesús, hecho hostia, se albergaba, instante tras instante, en el alma de cada monjita. Sólo Imelda, fija en su reclinatorio, con el alma llena

de ansia, no había comulgado. Hoy su pena y tristeza era mucho mayor... ¡Todas, *menos ella!*

Cerróse luego, nuevamente, la puerta del Sagrario. Terminó el Santo Sacrificio, se apagaron las velas y salieron casi todas las religiosas de la capilla. Pero, Imelda quedóse postrada en su reclinatorio, llorando desconsolada... y como esperando algo.

Cuando la Madre Superiora se dio cuenta de que Imelda no seguía a la Comunidad, envió a una Hermana a buscar por ella.

«¿Dónde estará?», se preguntaba ésta, ya que nadie sospechaba que se hubiera quedado en la capilla.

Una luz vivísima salía por la puerta de la capilla. La monja se extrañó mucho; pues ella había apagado todas las velas. Entró. La luz se hizo entonces aún más intensa. Por todo el convento se esparció un perfume suavísimo y penetrante, que atrajo de nuevo allí a las demás religiosas. ¿Qué sucedía? ¿Qué maravilla era aquella?

Arrodillada, Imelda tenía los brazos en alto como si quisiera coger algo que volase... Tenía los ojos fijos, clavados en algo y su boca entreabierta parecía respirar ansiosa.

Desde el Sagrario una hostia pequeña, blanca, se movía sola en el espacio y parecía encaminarse hacia Imelda. Ella la había visto, estremeciéndose de gozo y de deseo. Por fin, Jesús la había escuchado...

Poco después, el sacerdote que aún estaba dando gracias después de Misa, viendo aquel prodigio y bien manifiesta la voluntad de Dios, revestido con los ornamentos sagrados y tomando la patena, colocó la hostia-prodigio sobre la misma. Y en seguida, observando reverente el sagrado rito, dio a Imelda *la Primera Comunión*.

De pronto, las monjas experimentan un funesto presentimiento. Hasta entonces no se habían atrevido a romper aquel sublime y amoroso idilio eucarístico. No habían molestado a Imelda..., pero ahora —como por instinto— la llaman, la mueven, pretenden despertarla en nombre de la santa obediencia, porque parece totalmente dormida. Su sonrosada carita se ha ido quedando pálida. ¿Se habría desmayado? Ahora está mucho más blanca, con la blancura lívida de los seres que no responden... Es la primera vez que la monjita Imelda no obedece a la Madre Superiora, la cual la ordena levantarse de su reclinatorio...*¡ Es que está muerta !*

En seguida la noticia llegó al palacio de los Condes de Lambertini. Sin dilación partieron al punto para ver enterrar a la hija.

Pronto su sepulcro fue muy visitado y Dios multiplicó sobre él gracias y favores. En 1566 fueron trasladadas sus reliquias, del convento de Valdepiedra a la iglesia de las Dominicas de Bolonia, donde reposan hoy.

Un descendiente de los Lambertini llegó a Papa con el nombre de Benedicto XIV, el cual —cuando aún era Arzobispo de Bolonia— restauró y hermoseó la iglesia de las Dominicas, y en ella mandó construir una capilla y altar en honor de su parienta Imelda. Finalmente el Papa León XII aprobó su culto y la declaró *Beata*, siendo su fiesta el 16 de septiembre.

La primera Rosa de América

(SANTA ROSA DE LIMA)

No hacía todavía un siglo que España había descubierto América, y tuvo que civilizarla y cristianizarla; y mirad qué prisa se daría y qué bien lo hizo, que en tan poco tiempo brotó en América —gracias a la obra de España— la primera flor de santidad: *Rosa de Lima*. Flor bellísima y de un valor inapreciable.

Fue su jardín natal la ciudad de Lima, capital del virreinato del Perú, a 20 de abril del año 1586. Hija de padres por cuyas venas corría sangre española, cuando la bautizaron, su madre —María de Oliva— quiso que le impusieran el nombre de *Isabel*, accediendo a los insistentes deseos de la abuela.

Así lo hicieron; pero, al cabo de poco tiempo, la misma madre optó por cambiarle el nombre, según unos porque vio un día que sobre la cuna de Isabel se inclinaba una rosa sumamente bella, y según otros —en opinión más común y corriente— porque cuando tenía tres años su cara se quedó por unos instantes transformada en una bellísima rosa.

El maravilloso suceso aconteció así. Cuando una tarde la vieja criada mecía a la pequeña Isabel en su cuna, movióse inquieta la criatura; y al destapar la buena mujer su carita para ver cuál era la causa de aquel desasosiego infantil, el más penetrante aroma de flores llegó hasta ella, como el de un rosal cercano, y vio a Isabel que sonreía. Quiso acariciarla las mejillas cuando detuvo su mano asombrada. Allí no estaba la cara de Isabel; en su lugar había una gran rosa de lindos colores y de fuerte aroma, como las de su país. Perfumada y encendida, como si el sol saliera de sus pétalos. Y *Rosa* la llamaron ya todos desde aquel día.

Así, hasta el nombre le cuadraba bien para llamarla flor.

Y en verdad que flor fragante y hermosísima había de ser para el Divino Jardinero, el cual la habría de mimar con sus celestes caricias y cortarla finalmente para sí.

En este mismo nombre de ROSA fue confirmada por el entonces arzobispo de Lima, santo Toribio Alfonso Mogrovejo, al que añadió el de *Santa María* por disposición de la Reina de los Ángeles.

Criáronla sus padres con el mayor cuidado, según las máximas de la Religión cristiana, y prendió tanto en su generoso corazón esta educación a lo bueno, que desde muy pequeña dio muestras de corresponder a los beneficios de la divina gracia.

Cada día era más piadosa. Se sentía a gusto en el jardín de su casa, rezando a la Virgen y al Niño Jesús. Las flores respondían a su propio nombre. Los pájaros le parecían familiares... Todos eran criaturas de Dios. Ella se lo preguntaba, y cada cosa de las que veía y oía parecían contestarle a su modo que sí.

Entre sus muchos hermanitos tenía uno que siempre estaba con ella, lo mismo para quererla que para molestarla.

—Quien quiera hallar a Rosa, que vaya al huerto —gritaba su hermanito predilecto—. Allí se divierte con las telarañas, con los mosquitos... Prefiere rezar, siempre rezar, mortificarse, ayunar. ¡Así es mi hermana Rosa!

Y diciendo y haciendo iba tras ella, siquiera para importu-

narla y no dejarla sosegar. Un día vio que Rosa estaba jugando con unas flores. Acercóse y quiso jugar con ella. La niña echaba rosas al aire, y su hermanito también; pero las de éste volvían a caer en seguida al suelo. Las de Rosa, en cambio, subían muy alto y parecían como si tuvieran alas. ¿Qué sucedía que no bajaban? Levantó la vista el chico y vio que las rosas que había ido enviando su hermanita habían ido quedando juntas y sujetas en el aire, formando una cruz de rosas.

LAZOS DEL DEMONIO PARA CAZAR...

Un día de esos en que su hermanito estaba más fastidioso y pesado que de ordinario, al lado de una pequeña fuente había un poco de barro, lo que aprovechó él para coger un puñado y arrojarlo contra Rosa, ensuciando sus rubios cabellos y sus sonrosadas mejillas. Disgustóse mucho ella.

—¡Vanidosa! No sé por qué te enfadas tanto —replicóle su hermano.

Y al punto, como inspirado del cielo, dijo a su hermanita:

—¿No sabes que tus cabellos y tus rizos, cuanto más lindos servirán mejor al demonio como lazos con que atar con ellos a los jóvenes y llevarlos al infierno?

Las palabras *infierno y demonio* causaron profunda impresión en el corazón de Rosa, haciéndole ver el peligro de su vanidad femenina, y a qué extremos podría llevarla. Preocupada por aquel aviso celestial, puesto en boca de su hermano, cayó a los pies de un Crucifijo y allí hizo voto de perpetua virginidad.

Desde entonces no le importaba ya arreglarse cuidadosamente como antes. Por el contrario, sin que nadie la viera, con unas largas tijeras, como pudo se cortó ella misma su hermosa cabellera para no llamar la atención y evitar las alabanzas de los hombres. Esta acción, empero, le valió el tener que aguantar los duros golpes de una correa con que su madre castigó su osadía.

COMO SI SALIESE EL SOL...

Como en aquellos tiempos no se permitía a los niños comulgar tan pronto como ahora y con tanta frecuencia, el confesor de Rosa, al ver su inocencia y su comportamiento ejemplarísimo, le dio permiso para comulgar antes que las otras niñas, y poder acercarse luego a comulgar dos veces por semana, cosa extraordinaria entonces.

Un día le preguntaron qué efectos le producía el recibir el sagrado Cuerpo de Jesucristo, y ella contestó que le parecía *como si saliese el sol dentro de su corazón;* porque «así como el sol alegra a la Naturaleza con sus resplandores, y al calor de sus rayos nacen las flores, maduran los frutos y entonan los pájaros dulces melodías, así también Jesús Sacramentado comunica a

toda mi alma y a todo mi cuerpo una paz y un bienestar inexplicables, me inspira santos pensamientos, me da fuerza para realizarlos, y siento como un impulso irresistible que mueve mi corazón y mis labios para cantar himnos de gracias a mi Bienhechor.»

Era tal el horror que sentía al pecado que aun la más leve mentira, dicha en su presencia, le hacían subir los colores a la cara, poniéndose roja como un carmín. Pero ella, por su parte andaba con mucho tiento en tratar a nadie de mentiroso.

«Perdonad —solía decir—, pero la cosa no fue así.» O bien: «Yo creo que está usted en un error, porque tengo entendido que la cosa ocurrió de modo muy distinto.»

En la edad de las galas

Cuando llegó aquel punto de edad en que la naturaleza misma manifiesta las apreciables cualidades de hermosura, despejo, vivacidad y extraordinarios talentos con que estaba dotada, la joven Rosa fue el tema de todas las conversaciones de la buena sociedad limeña.

«Es la reina de la juventud de Lima», decíanse las gentes cuando la veían pasar con aquel garbo, gracia y hermosura singulares. Y su madre, orgullosa de ella, la presentaba en fiestas y reuniones, en iglesias y paseos públicos.

No era desinteresado del todo aquel proceder de la madre Doña María de Oliva andaba siempre llena de apuros económicos. Madre de once hijos, tenía que luchar diariamente con el problema de alimentarlos y vestirlos; pero se consolaba pensando que un yerno rico y espléndido vendría a sacar la casa de la angustia económica. Entretanto concentraba sus mimos en aquella adolescente, que le solucionaría sus problemas domésticos. Maestros de música, de declamación y de toda suerte de habilidades que pudieran realzar los encantos de una mujer, cuidaban de darle una educación lo más esmerada posible. Rosa bordaba, dibujaba en papel y en el lienzo, cantaba y hacía versos. Tocando el arpa y la vihuela, su mano era un prodigio.

Su madre, obsesionada por aquel afán, no perdía ocasión de exhibir a su hija. Cierto día en que madre e hija se hallaban invitadas a una reunión, como la madre viese que sobre una mesa había una corona de flores, se le antojó que su hija quedaría muy linda y agradecida si la llevaba sobre sus sienes. Humilde como era Rosa, procuraba persuadir a su madre que le dispensara de tan caprichosa exigencia; mas, como viera que todo intento de resistencia sería inútil, aceptó coronarse de flores, pero antes colocó disimuladamente una aguja entre las mismas, que, al aplicarla sobre su delicada cabeza, junto con las flores, se le clavó.

Su madre deseaba que su hija Rosa se engalanase con pendientes y brazaletes, y adornara su rostro con pinturas, mas ella se resistía a todo trance.

Pero su madre no daba fácilmente su brazo a torcer. Le obsesionaba la idea de casar a su hija con un buen pretendiente. Éstos no faltaban, pues a las dotes físicas de Rosa se unía su gran virtud, que era mucho mejor gracia y cualidad aún que la de su hermosura. Y rico y opulento, tal como lo soñaba la ma-

dre; pero su hija se ponía «algo tonta». Cuanto más la exhibía su madre, más reacia era a las vanidades mundanas y más resistía a los halagos del mundo. Para su madre aquello eran tendencias raras, propias —según ella— de beatas e iluminadas.

En efecto, Rosa era silenciosa y recogida, muy rezadora, enemiga de juegos y diversiones. Costábale un triunfo sacarla de casa, y alegaba mil pretextos para no moverse de su retiro doméstico. Si su madre buscaba para ella en las tiendas más elegantes botines de raso, luego resultaba que ninguna medida le caía bien. Se restregaba los ojos con guindilla, y ajaba y afeaba su rostro a fuerza de ayunar y velar. Cuanto más la elogiaban, más arreciaba en sus penitencias.

Cuando finalmente sus padres creyeron ya llegado el momento oportuno para desposarla con un rico pretendiente, Rosa se plantó y dijo que ya habían llegado tarde; pues hacía tiempo que había elegido por único y verdadero Esposo a Jesucristo, consagrándole su cuerpo con el voto de virginidad.

Irritó esto sobremanera a sus padres, que tantas ilusiones se habían forjado con su futuro matrimonio y desde aquel día, sobre otras muchas injurias, ultrajes y malos tratamientos, la echaron a cuestas todo el peso de las faenas domésticas, mandándole que hiciera los oficios más viles y penosos. Mucho tuvo que sufrir durante este tiempo; pero todo lo soportó con ánimo y conformidad, hasta que al fin, viendo sus padres que era inútil desviarla del ideal que se había propuesto alcanzar, la dejaron seguir con sus santas ideas.

Ni Clarisa, ni Agustina

Por aquel tiempo doña María de Quiñones y santo Toribio Alfonso Mogrovejo fundaron en Lima el Monasterio de Santa Clara; y creyendo ambos que entre las primeras vocaciones del Convento podría figurar muy bien por su religiosidad y virtudes Rosa, la ofrecieron todo lo necesario para que pudiera ingresar en él. Mas ella, no sintiendo inclinación alguna para aquel género de vida, declinó el ofrecimiento.

Por otra parte, un hermano de Rosa que la conocía muy bien, hizo con toda cautela las más vivas diligencias para que entrase en el Monasterio de la Encarnación que la Orden de San Agustín tenía en Lima. A esas monjas agustinas parecía aficionarse más, y en efecto cuando pensaba ya seriamente abrazar esa Orden, sintiendo en sí alguna duda y escrúpulo sobre si sería digna de vestir tal hábito quiso ir a consultarlo antes a la Virgen del Rosario en una capilla suya, muy venerada de las gentes de Lima, acompañada de su hermano. Puesta de rodillas, exclamó:

—¡Virgen Santa! ¿Soy digna de vestir el hábito religioso en la Orden agustina? Dímelo, por favor.

Mas la Señora no parecía querer responderle. Rezó un Rosario. Cuando lo acabó iba a levantarse; pero imposible. Su hermano, puesto en pie, la instaba:

—¡Levántate!

—No puedo.

—Pues, ¿qué te pasa? Prueba de levantarte.

—Imposible.

—¡Dame la mano, vamos!

Todo inútil. Cuanto más lo intentaba, peor. Entonces cruzó por la mente de Rosa un pensamiento:

—Virgen del Rosario, si es que no queréis que vaya a ese convento, haced que pueda levantarme en seguida...

Intentó incorporarse, y al punto, ligera y rápidamente se puso en pie, comprendiendo así que la Virgen no la quería monja agustina.

En efecto; no sería ni clarisa, ni agustina. Nada de vida de claustro. Rosa había sentido siempre una gran devoción por Santa Catalina de Sena, cuya vida y escritos conocía perfectamente; ahora parecía decidida a imitarla.

TERCIARIA DOMINICA

Una nueva idea se le ocurrió entonces. ¿Por qué no imitar a esa Santa? ¿Por qué no ser, como Santa Catalina de Sena, religiosa en casa, siendo *terciaria dominica?*

Así, pues, dicho y hecho: después de consultarlo con su confesor y aprobarlo éste en 1606 —cuando Rosa cumplía los veinte años—, pidió ser agregada a la Tercera Orden del glorioso fundador español Santo Domingo de Guzmán. Así, aun quedándose en su casa, estaría unida a una esclarecida Orden religiosa.

Este género de vida no fue cosa nueva para Rosa; pues ya sabemos que, siendo niña, con la ayuda de sus hermanos levantó una capillita en el jardín. Parecía como una choza, como las que levantan allá los colonos, hecha de ramas de plátano que por un

extremo entraban en el suelo y por arriba llegaban a cruzarse formando como un puente. En su interior fue colocando unas piedras como en forma de mesa, y sobre la misma dos palos, tan altos como Rosa, a manera de cruz. La mesa estaba llena de flores que Rosa sembraba y cuidaba en su jardín.

Retirada en aquella pobre choza, un día pudieron presenciar sus familiares un raro prodigio: estando ella rodeada de una legión de mosquitos y tábanos, ninguno de ellos se atrevió a molestarla. Cuando alguno, admirado, le preguntó:

—¿Cómo no te molestan tantos insectos?

—Es que tenemos un pacto hecho por ambas partes: yo de no ofender a esos animalillos, y ellos a su vez de no molestarme tampoco a mí.

Allí pasaba horas y horas, consagrada a la oración desde la mañana a la noche, sin acordarse de volver a casa por lo que muchas veces debieron ir sus padres a buscarla, entre dos luces, a la hora del crepúsculo.

Allí tenía las imágenes de sus santos más venerados, entre búcaros de rosas y plumas de brillantes colores. Todo le parecía poco para adornar aquella morada, en que daba audiencia a los celestiales visitantes. A veces las ramas de plátano que formaban la techumbre aparecían iluminadas como por un incendio, y luces prodigiosas se filtraban por las hendiduras. Cuando Rosa salía de su escondrijo, aparecía con el rostro encendido y llameante, como si acabase de salir de una hoguera. Recordaba algo así como a Moisés luego de haber hablado con Dios. Rosa parecía endiosada, y lo estaba; porque en sus largas horas de oración, Dios se le comunicaba con toda clase de dones y fenómenos místicos.

«ROSA DE MI CORAZÓN, YO TE QUIERO POR ESPOSA»

Habiendo leído en la vida de santa Catalina de Sena su *desposorio* con Jesucristo, aunque deseaba tener esta dicha, no se atrevía a pedírsela al Señor, considerándose indigna. En esto, un año en la solemnidad de la bendición de las palmas del Do-

mingo de Ramos sucedió que a todas las Terciarias Dominicas de Lima las dejaron —tal vez por imprevisión— sin la acostumbrada palma, lo cual fue gran contratiempo y disgusto para todas, pero singularmente para Rosa. Fue ella entonces a desa-

hogarse ante la capilla del Rosario, en donde le había ocurrido aquel prodigio de quedarse inmóvil —que referimos más arriba—, y viendo la Reina de los Ángeles tan anegado en llanto a Rosa, intercedió a su santísimo Hijo para que la consolase.

Hízolo así el Señor, diciéndola:

—Rosa de mi corazón, yo te quiero por esposa mía.

Tal impresión le causaron estas palabras que cayó desmayada en tierra. Mas, pronto el Señor la vino a reanimar con nueva distinción al entregarle un anillo en señal de su desposorio, en el que luego Rosa hizo grabar el retrato del Niño Jesús, con las palabras dichas.

Mas, no se crea que en su vida todo fueron rosas. También brotaron las espinas, y en número crecido. Dios la probó con enfermedades muy penosas, y misteriosas para los médicos, que no sabían qué remedio aplicar para aliviarlas. Sus dolores eran muy agudos e intensos, pero siempre dio ejemplo de gran paciencia y admirable sufrimiento.

Por otra parte, para purificarla más y más cesaron de repente los continuos favores del cielo con que el Señor la rega-

laba. Sentía sequedad y aburrimiento en su oración, y aun repugnancia a la práctica de las devociones religiosas. Por espacio de quince años —a lo menos durante una hora al día— había de soportar tan terribles pruebas, y pasaba el resto del día y de la noche temblando y palpitándole el corazón. Por fin, tras la tempestad vino la calma; apareciósele su Divino Esposo, acompañando su sensible presencia con tan celestiales consuelos que en un instante la hicieron olvidar todos los pasados tormentos, y queriendo compensar aquéllos la visitaba ahora con frecuencia, apareciéndosele también la Santísima Virgen y Santa Catalina de Sena, su santa predilecta.

Su corazón caritativo

El resto de sus días los pasó consagrados no sólo a la oración y trato al Señor —como siempre lo había hecho— sino también a la caridad con el prójimo. Hubiera agotado seguramente todo el dinero que recogía de las personas devotas para socorrer a los pobres, de no haberlo suplido Dios con muchos milagros por intercesión de Rosa.

Por fin, debilitada su salud al rigor de sus grandes penitencias y enfermedades, se dignó el Señor manifestarle el día de su muerte; y fue tan excesiva la alegría que le causó esta noticia que no pudo disimularlo. Recibió los últimos Sacramentos con la devoción y ternura propia de su espíritu y transportada en dulce éxtasis, consumida del amor del Esposo eterno, voló al cielo el día 24 de agosto del año 1617.

No pasaron muchos años en ser beatificada, y en 1671 Clemente X la canonizó. Grandes festejos se hicieron en su honor. Es la Patrona del Perú, y desde entonces también de la América española, de Filipinas y las Indias Orientales.

La Azucena de Quito

(SANTA MARIANA DE JESÚS DE PAREDES)

Allá en el Ecuador, en el corazón de la cordillera andina —que a modo de columna vertebral sostiene todo el continente sudamericano— en la linda capital quiteña puso el Creador la más fragante y bella azucena: la niña *María Ana Jesús de Paredes*, que los siglos venideros aclamarían como «la Azucena de Quito».

De estirpe española y nobiliaria, fue Mariana la séptima de los ocho hijos de aquel cristianísimo matrimonio del capitán don Jerónimo Zenel Flores de Paredes (nacido en Toledo) con doña Mariana Jaramillo de Granoble.

Desde pequeña inclinóse a la mortificación y penitencias. Viendo asimismo en la iglesia de los jesuitas de Quito el Jueves Santo las numerosas personas que hacían penitencia pública, azotando despiadadamente sus carnes, se le grabó mucho esto en su imaginación infantil, lo mismo que aquella severa proce-

sión del Viernes Santo en que muchos llevaban pesadas cruces de madera a cuestas. Por ello, luego al llegar a casa imitaba semejantes penitencias repartiendo unas cuerdas a sus hermanitas y compañeras para que se azotasen, y procurándose unos palos con los que hacían unas cruces para hacer también su procesión infantil, cargando siempre María con la más pesada. Según los días andaba de rodillas, o bien a pie, con garbanzos dentro de los zapatos.

Huérfana de padre

Mas si ella se ingeniaba para mortificarse, Dios la envió una terrible prueba, arrebatándole a su padre cuando sólo tenía seis años de edad. Mas, en su hermana mayor (doña Jerónima) y en el esposo de ésta (el capitán don Cosme de Caso) halló unos segundos padres, ejemplares como aquéllos y cariñosos para con ella. Sus tres hijas (María, Juana y Sebastiana) —de parecida edad aproximadamente que Mariana—, serían sus mejores amiguitas, en particular la más pequeña.

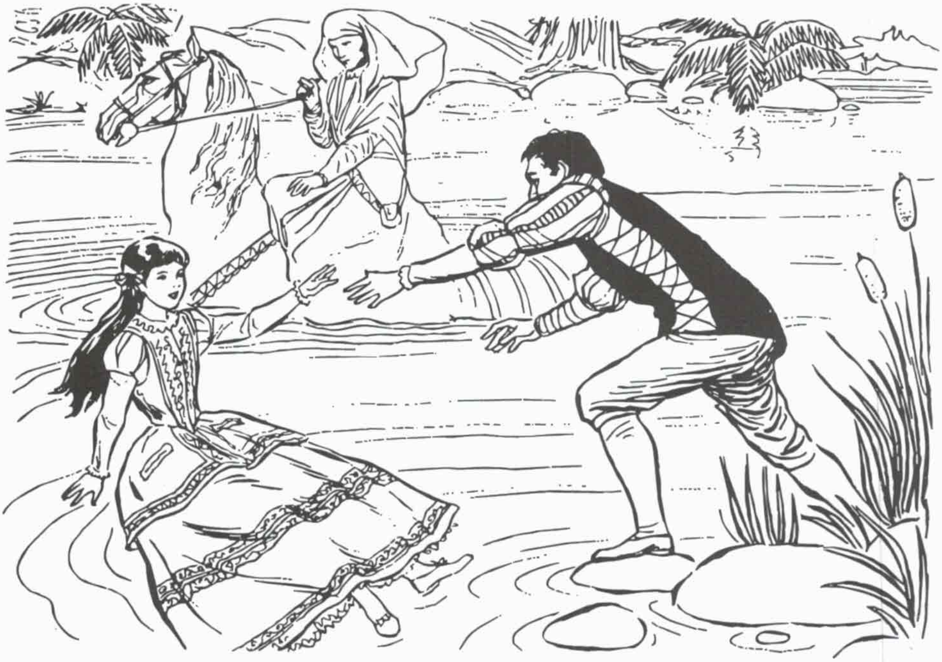
Rabioso el demonio del perfume de santidad que se exhalaba en aquella casa —que la gente ya llamaba por «Casa de Oración»— intentó por dos veces acabar con la vida de Mariana. Así, un día se hallaban las niñas sobre una viga de un tramo en construcción, cuando sin saber cómo, Mariana fue derribada al suelo con violencia. Cuando don Cosme creyó hallar ya cadáver el cuerpo de Mariana entre los materiales, la halló serena y tranquila como si nada.

Otro día, organizando las niñas una procesión con cruces para llevarlas a hombros, Marianita de pronto mandó que se apartaran todas a un lado; entonces derribóse una pared, que era la del gallinero, con lo cual se salvaron todas.

Flotando sobre las aguas

También fue milagroso el suceso acaecido allá en los fértiles campos de Cayambe. De la finca de Granoble iba su madre —probablemente por ser domingo— al pueblo para oír Misa, y llevaba

consigo a su tierna hijita. En esto, cuando tuvo que atravesar el río Pisque, *o de las Ovejas* (como suele llamarse ese río), entró al agua la cabalgadura de doña Mariana; pero a poco de entrar tropezó la mula con una piedra, con tan mala suerte que dio al traste con la preciosa niña, cayendo ésta al río. No hay que decir el espanto de la madre al ver su hija en la corriente de las aguas; pero este susto fue sólo cosa de un momento, ya que, encanta-



dora y como una aparición, pudo contemplar a Marianita flotando graciosamente sobre las aguas. El mayordomo, Hernando Palomeros, fue al punto por ella, comprobando que la predestinada niña no tenía la menor herida o rasguño y que ni siquiera el agua la había tocado. Así consta por declaración de testigos en el proceso de beatificación de esta Santa.

También podía observarse en Mariana una reflexión y sosiegos propios ya de una edad superior. A su edad los niños y niñas suelen ser traviesos, molestos sin malicia, inclinados a ilusas diversiones. Ella, no. Los divertimientos de su santa niñez serán el rezo del santo Rosario con sus amiguitas, hacer altarcitos,

procesiones por los corredores de la casa y grandes preparativos cuando se acercaba una fiesta de Jesús o de la Virgen.

Fue en una de esas procesiones cuando ocurrió un hecho singular. La imagen de Nuestra Señora de Copacavana iba sobre andas y el piadoso grupo de chiquillas con velas encendidas, cuando —acaso por algún apiñamiento de las niñas— el lindo velo rosado que cubría la estatua de la Virgen se encendió, con el susto y pena de todas; pero Mariana, con toda serenidad, lo tomó en sus manos y la llama desapareció en seguida, quedando el velo milagrosamente intacto y sin señales de haberse chamuscado.

«La niña de las estrellas»

Fácilmente se duermen los niños por la tarde al cansancio de las travesuras; Mariana se dormía al arrullo de las prácticas del cielo. Bella como un ángel está en la camita de su cuarto, y cerca de la niña se han quedado dormidas algunas de sus compañeras de infancia.

—Despertad —les dice—, estrellas de la noche; no es bueno que estéis dormidas, *mientras mi Divino Esposo me favorece.*

Despiértanse las niñas y quieren ver las tres estrellas que brillan sobre la cabeza de Mariana; pero las niñas no tienen la fortuna de contemplar la celestial aparición.

Desde entonces es llamada Mariana «la Niña de las Estrellas», y el significado que ella misma da al misterioso suceso es de un favor de la Santísima Trinidad, tomándola *como su templo vivo,* según declaración suya.

La niña que tiene destinos gloriosos en su siglo, suspira por el celestial Amado; al Amado le ha visto en la cruz, le ha oído en la soledad, le siente en la oración. Sin el auxilio de Cristo, sin

la unión con Cristo sacramentado, Mariana no podrá llegar a la cumbre que ha de subir.

Por ello, cuando Mariana se hace más crecidita, su tía doña Jerónima la lleva a la iglesia de los Padres Jesuitas para que la examinen para ver si puede recibir la Primera Comunión. El Padre Juan Camacho —ese insigne religioso jesuita que tanto hizo en favor de la santidad de Mariana—, al conocerla por vez primera se da cuenta de que tiene ante sí a un ángel en carne humana y queda admirado de ver cómo sabe y comprende tan bien la Doctrina cristiana, dándole permiso para poder recibir al Señor en su inocente pecho.

Tenía Mariana siete años cuando pudo recibir por vez primera a Jesús Sacramentado. ¡Qué ilusión la suya unos días antes! Todo le parecía poco, y las horas se le hacían años hasta llegar al momento anhelado. Por fin, Mariana fue *toda de Jesús*, y Jesús *todo para Mariana*. Por ello, en adelante ya no le llamarían *Mariana de Paredes y Flores*, sino simplemente MARIANA DE JESÚS.

«YO NO NACÍ PARA GALAS»

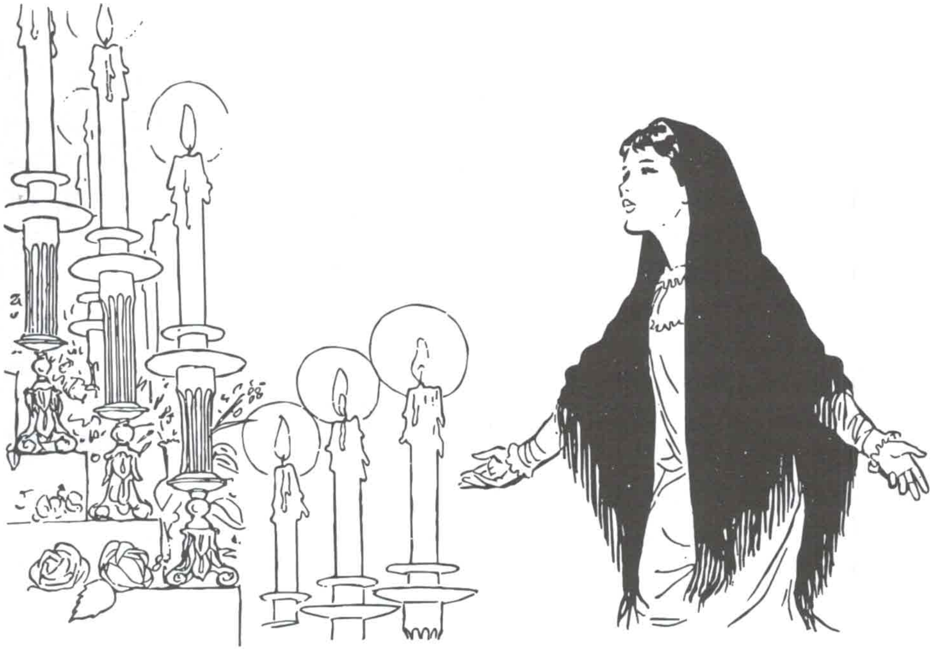
Aquel mismo día se consagra a su Divino Esposo con voto de virginidad, a pesar de sus tiernos años. Luego renuncia a la seda y a los adornos propios de una niña de la aristocracia.

—Yo no nací para galas —le dice a su tío el capitán don Cosme de Caso aquel día en que le han dado una rica prenda para lucir en la calle—; me basta un vestido de lanilla.

Tan grande es su contento en ese día de la Primera Comunión que al volver a casa, con «santa simplicidad» manda a sus sobrinitas y a Escolástica Sarmiento (su gran amiga) que la besen y adoren el alma.

Luego se aficionará a comulgar muy a menudo, casi diariamente —cosa entonces rara—, y cuando no puede hacerlo «su cuerpo sufre flaquezas y desmayos». Cada vez que comulga se siente más y más enamorada de Jesús, con tales divinos hechizos que ya no piensa en las cosas y vanidades del mundo.

Su ayuno es tan riguroso para prepararse a la comunión que cuando sea mayor, en los últimos años, apenas si probará



bocado. Como su criada Catalina le preguntase cierto día de qué se alimentaba, le contestó: «Calla, tonta, para eso me voy a la iglesia de la Compañía a comerme un Cordero entero, con huesos y carne viva». Se refería, naturalmente, al Divino Cordero Inmaculado, *Cristo Jesús*.

Pocas personas como Mariana han sido tan devotas del Santísimo Sacramento. Pasaba de rodillas en la iglesia de la Compañía, cubierta con su manto negro, todas las horas que el Señor estaba en el Monumento desde el Jueves al Viernes Santo, sin moverse ni dar muestras de que allí había un ser humano, en santa contemplación y veneración, y lo mismo ocurría en las 40 horas que precedían al Carnaval y en otras festividades del año.

¿A LAS MISIONES DEL AMAZONAS?

De aquel corazón infantil, inflamado de amor a Jesucristo brotan grandes planes y fantásticos proyectos. Quiere propagar a los demás el fuego del amor divino de que está abrasada su alma. Le entristece saber que existen todavía muchos pueblos que adoran a los falsos dioses. En esto, un día reúne a Juana, Sebastiana y a Escolástica. ¿Qué les dirá la tierna niña? El Japón..., Mainas..., las misiones del Amazonas les esperan. Allá no se ama a Cristo, no se le conoce.

Mariana, sus sobrinas y Escolástica deciden irse de misioneras a Mainas. Dicho y hecho. Preparan un poco de bizcochos, un poco de ropa. Mariana guarda la llave de la casa para salir de madrugada. El plan está bien tramado; pero como no es del gusto de Dios la generosa aventura, resulta que el día del proyectado viaje o huida de casa la niña Mariana (que retenía la llave) se quedó dormida. Como por la mañana nadie podía salir de casa, ni los señores ni la servidumbre, descubrióse por fin el misterio de quién guardaba la llave y asimismo el misterio de la huida.

UN TORO DESMANDADO

Ahora bien; si no es el martirio en tierra de infieles lo que busca Mariana a imitación de Santa Teresa de Jesús, será el yermo y la soledad. Desde fin del siglo XVI (época de una espantosa erupción del volcán Pichincha) se puso sobre el bravío cerro una piadosa imagen de María Santísima con su divino Hijo en los brazos. Mas, al correr de los tiempos vino a olvidarse un tanto el recuerdo a la devota Virgen del *Pichincha*.

Por la mente de Mariana cruza la idea de renovar la devoción a aquella solitaria Virgen. Primero quiere ir sola, pero después conquista a sus compañeras de infancia. Ya está pensado: van a vivir allí como *ermitañas*. Bajarán los sábados a Quito para pedir limosna, deformándose la cara y soltándose los cabellos para que no las conozcan.

Para poner en obra su plan aprovechan la ocasión en que doña Jerónima va un sábado de visita. Sin darse ellas cuenta, suben las presuntas *ermitañas* al cerro; pasan la Chorrera, cuando les sale al encuentro un toro ferocísimo y bravo, no teniendo más refugio que una zanja. Asustadas, apíñanse las niñas y no saben si avanzar o retroceder; pero el fiero animal sigue amenazándolas, raspa la tierra y sacude la cabeza. Mariana en aquellos angustiadísimos instantes se reconcentra, habla a su Divino Esposo en lo íntimo del corazón y ve claramente que Dios no las quiere para *ermitañas* del desierto. Deciden regresar a casa; el toro, entonces, cuesta arriba se aleja manso y tranquilo. Pero, en casa se han dado cuenta de su fuga, y aunque es santa la intención de las heroicas niñas, don Cosme y doña Jerónima con fingida aspereza las reprenden para que no vuelvan a escaparse.

No será monja clarisa

«Hay que poner remedio a estos santos arranques», piensan en casa. Mariana está en los doce años, y todo en ella hace pensar que tiene vocación para el claustro; porque en esa frente limpia y serena, en ese porte distinguido, en esas inclinaciones a la perfección todos adivinan fácilmente que esa niña es un *serafín del cielo,* desterrado en la tierra, y que ha nacido para el convento.

Dichosa se consideró la insigne Superiora del *Convento de Santa Catalina,* de Quito, el día en que Mariana llamó a las puertas del Monasterio. «En Mariana —dícese para sus adentros la monja Ana de San Pablo (que era la Superiora)— tendrán las religiosas un modelo admirable de virtudes.»

Pero, ¡quién pudiera leer el futuro de la privilegiada niña!... Para ir al Convento, Mariana tiene que pedir antes la bendición y aprobación de don Cosme, que es su segundo padre. Buscan al caballero; él no se ha alejado del sitio habitual y, sin embargo, no se le encuentra. La reflexiva y juiciosa niña entiende por medio de este suceso que Dios no la llama al claustro. No será religiosa catalina.

Mas, don Cosme, sabedor de sus primeros deseos, arregla el ingreso de Mariana en el *monasterio de Santa Clara*, prepara la dote y todo parece estar listo para las ceremonias públicas, según la costumbre de la época.

—¿Cuándo será la entrada? —le preguntan a Mariana.

—Nunca.

—¿Cómo nunca, si están hechos ya los gastos y preparativos?

—Porque mi Divino Esposo no quiere.

Efectivamente; no será tampoco monja clarisa. Dios la quiere en el mundo; la quiere santa en medio de la sociedad de su siglo. Mariana, con espíritu superior, fija su vocación *en su propia casa*. Vivirá *en el mundo* como espejo evangélico.

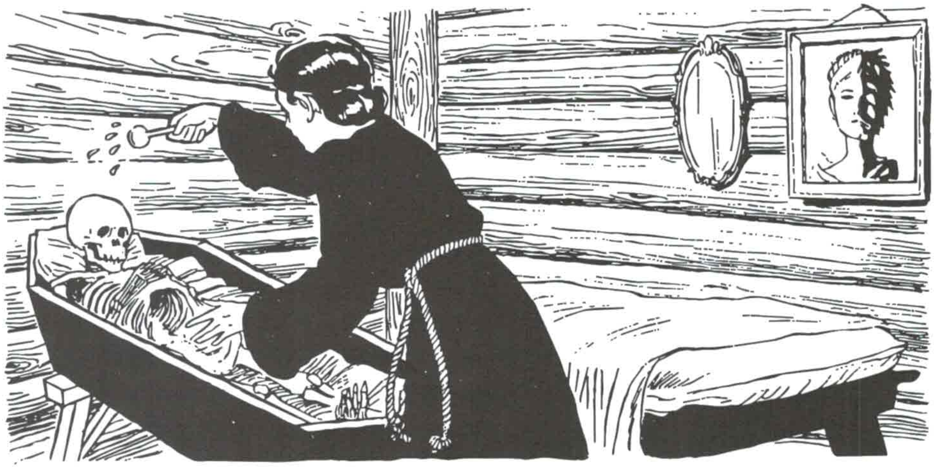
Su confesor, el jesuita Padre Mánosalvas, convence a los padre adoptivos de Mariana que Dios la quiere *solitaria en su propia casa*. Los generosos don Cosme y doña Jerónima, con la grandeza de corazón de aquellos tiempos, permiten a Mariana distribuir su dote entre los pobres, porque ella no quiere tener nada propio y vivirá de limosna del cuñado.

HABITACIÓN Y SEPULTURA

Se manda hacer un cuarto de madera en su propia casa para entregarse con más libertad a Dios, sin abandonar sus ocupaciones, su apostolado y las obras de caridad en el mundo. En este cuarto hay un altar, y en él pone cuadros de la Santísima Trinidad, de Nuestra Señora de Loreto, de San Ignacio, de San Francisco de Asís (de la que era devotísima y llevaba su cordón, como *terciaria franciscana*) y de otros Santos.

A un lado puede verse un ataúd, cubierto de paño negro, y dentro *un esqueleto* de madera, vestido de franciscano, que la santa dice ser *ella misma*. Sobre el esqueleto se lee este letrero: «Dios te perdone, Mariana», frase que repetía de continuo rociando el esqueleto con agua bendita. Encima del ataúd hay un santo Cristo.

De la pared cuelga un espejo y al lado un cuadro de una cabeza de mujer, la mitad hermosa, y el resto comida de gusa-



nos. A los que entran en el aposento, les dice Mariana que el espejo es mentiroso, y que el verdadero retrato se halla en el extraño cuadro.

Hay también un catre de madera con colchón, sábanas y mantas y almohada, pero esta cama sirve sólo para disimular su mortificación a quienes entran a visitarla. «En cama blanda no se halla Dios», es frase de Mariana. Por eso, bajo la apariencia de una cama se esconden instrumentos de tormento, cruces, cadenas, sogas, cilicios y disciplinas. Pero, tampoco le faltan sus queridos instrumentos músicos: el clavicordio, la vihuela y la guitarra. La música para Mariana es un medio de elevar el alma a Dios; la aprendió desde pequeña, y le sirvió para siempre el saber cantar y tocar, alegrando a los suyos.